



REVOLUCION CASAVELLA

Francisco Casavella leyó el reportaje de Vicente Gracia, un periodista esencial en el Interviú de los 70 y 80 y padre de Jordi Gracia, sobre El CHINO barcelonés: Los chorizos autóctonos desbancados por los gans extranjeros. Publicado en el número 2 del segundo Ajoblanco (Noviembre de 1987). Lo que inspiró a Casavella para escribir Triunfo y colaborar con el segundo Ajoblanco.

Por nuestra parte, dedicamos a Triunfo estas páginas en el número 29, (Diciembre de 1990). Con fotos del genial Gorka Duo paseando con Casavella por El Chino, antes de ser rebautizado como El Raval.

REVOLUCION

CASAVELLA

Con *El Triunfo* arranca una trayectoria novelesca que despertará y cautivará a nuevos lectores. Francisco Casavella, con veintisiete años, ha conseguido de un plumazo revitalizar el mundo de las historias. Y lo ha hecho en jerga y con ritmo de rumba gitana.

El amor al padre se convierte a veces en una obsesión calamitosa que puede devenir en tragedia, otras, en epicentro para el paulatino desarrollo de una sublimación literaria. Obra y vida pueden correr en paralelo y cruzarse tantas veces como sea conveniente sin más artificio que el que una y otra exigen para culminar ambas con excelente resultado.

No es corriente la aparición de un novelista de veintisiete años que despierte con su primera novela publicada un mundo y unos seres que son y no son de este mundo. Sospecho que el truco de esta criatura no es otro que el de haber narrado con valentía lo que lleva dentro. Lo hizo mientras es-

ta cumpliendo las labores militares y soportando una tensión triple: cuartel, calabozo y literatura. **Francisco Casavella** ha conseguido con **EL TRIUNFO**, su opera prima, inquietar y remover los estáticos cenáculos literarios. Ha sorprendido y entusiasmado a muchos lectores sin nombre que descubren desde dentro el fin de un barrio de leyenda: «**el Chino**» barcelonés, al que el Ayuntamiento posmoderno y la llegada de árabes y negros está convirtiendo en una reliquia sin magia y sin ley.

Maruja Torres, Terenci Moix, Robert Saladrigas, Joan Manuel Serrat, Manuel Vázquez Montalbán, entre otros, han nacido allí y nos han intentado transmitir los entresijos de este mundo liberal, no nacionalista y cosmopolita del que ha bebido Barcelona desde las épocas de los corsarios para poder llegar a ser algo más que una ciudad mediterránea. Entre las calles tenebrosas y festivas que pululan entre las Rondas, Montjuïc, el Mar y las Ramblas, cortadas por el Paralelo, se ha configurado el genio de una ciudad y su espíritu guerrero. Allí no cabe la mezquindad de otros ciudadanos que venden el país a seres extra-

ños mientras proclaman fervor nacionalista. Allí no coge la mentalidad que no quiere «saber» porque teme enfrentarse a la trama humana de la vida. Pues bien, este barrio abigarrado y este espíritu que va más allá del pequeño negocio de corbatas es lo que el benjamín **Casavella** nos entrega desde dentro de su «familiar» epicentro delictivo, para deleite de lo que pudo ser y no fue, o de lo que fue y se ha ido, porque la época es jeringuilla y los inmigrantes, ya sean los ricos que vienen de arriba, o los pobres que llegan de abajo, lo han invadido, comprado o maltratado; porque así es el fin de siglo para la peculiar ciudad que ha abrazado la mediocridad «pequeño-burguesa» como religión.

El Triunfo es una pequeña tragedia, influenciada por *Hamlet*, en la que el coro es la rumba catalana. Fijo. Es un monólogo en jerga de la que los delincuentes usaban para entenderse entre ellos, y que cuenta, a través del rumbero más intrascendente pero que sobrevive a todos los malos, **Palito**, la venganza de **El Nen**, hijo de **El Guacho**, el mítico rey de la rumba, que ha sido desplazado y destruido por **El Gandhi**-

para liarse con la madre, **La Chata**. El Palito lo cuenta todo muy desquiciadamente, fijo, porque está muerto de miedo con tanto tiro y tanto negro. De pronto entra **El Gandhi**, líder de la mafia que controla todo, e interfiere la narración con un lenguaje de legionario, que es lo que fue en su juventud.

«*La novela se tiene que hacer con inteligencia y corazón. Conseguir contar algo a alguien y que éste, el lector, se conmueva.*» La voz de **Casavella** es honesta. Su tierna apuesta por lo literario puede convertirlo en uno de los poquísimos reflejos auténticos de nuestra literatura. La frialdad intelectual de los santones ha caído con el muro de Berlín y los nuevos lectores exigen voces nuevas para la época que despierta sin «ismos» proféticos.

AJOBLANCO ha pedido a este joven escritor una confesión exenta de guiños mercantilistas. Por qué ha escrito. Sobre qué. Cómo lo ha hecho. Quién es... Vosotros, lectores, merecéis una explicación, pues estas cosas ocurren tan de vez en cuando...

José Ribas





NO ES LO QUE CONSTRUYEN, SINO LO QUE DERRIBAN

por Francisco Casavella

Fotografías: Gorka Dúo

El hombre no paraba de hablar. Solo, incomprensible, como un niño.

El bar estaba vacío y aquel hombre borracho. Lo de «borracho» lo digo ahora que el tiempo y la experiencia me han ayudado a distinguir. Por aquel entonces, para mí, un borracho era algo similar a un tonto o un loco por horas. Porque yo tenía siete años y estaba en aquel bar a una hora imprecisa arrastrado por mi primer (y por primero más apasionante) vicio: el millón. El bar seguía sin nadie, el hombre borracho y monologante, el camarero cabreado y yo absorto en mi partida. El camarero, por fin, dijo:

—Vete ya.

—Bueno, bueno... Cóbrame.

—Cuarenta pesetas.

—Sólo llevo cinco duros.

—¡Que me des las cuarenta pesetas!

Entonces ocurrió todo. El borracho empezó a dar palmadas sobre la barra, y las palmadas, enseguida, se convirtieron en puñetazos. El hombre estaba gritando:

—Al ex-campeón de Cataluña del peso gallo un camarero de mierda no le levanta la voz.

Acto seguido empezó a golpear los expositores con las bandejas de las tapas, a desparramar bolsas de patatas, de conguitos, lo que fuera. Y seguía gritando. O eso supongo; porque yo me fui de allí a toda prisa convencido, por un profundo instinto de conservación, que el dolor que me producía haber tenido que dejar mi partida a la mitad podía ser subsanado por el muy llevadero peso de seguir con mi cabeza.

He hablado de instinto de conservación y no de aprendizaje. Lo que, para bien o para mal, aprendí entonces fue que aquella era la manera más contundente de poner a un camarero en su sitio. O de escaquearse quince pesetas. O de ambas cosas a la vez.

Voy los mato y vuelvo

Era un aprendizaje cutre en un barrio heterogéneo: San Antonio, Pueblo Seco y lo que hoy la tecnocracia del diseño da en llamar Raval, los ajenos, Barrio Chino y los de por allí, el Chino, sin más.

En los primeros setenta, cuando empecé a trotar por las calles, solo o en compañía de otros, la gente de fuera aún se pasaba por allí. Recuerdo actividad. Las terrazas de San Antonio, repletas, la del Español, las lindantes al, por aquel entonces, cine Arnau. Todo lleno. ¿Quiénes eran? No lo sé. ¿A qué iban? Ni idea. Para mí el mundo consistía entonces en cine y millón. ¿Cines? Arnau, Hora, Condal, América, Padró. ¿Películas? De gran aprovechamiento si uno iba para sacamantecas de encefalograma plano. Todos los Spaguetti Westerns: “Abre

tu fosa, amigo, llega Sartana”, “Voy, los mato y vuelvo”. Kung-Fu hasta que te sangraran los ojos. Paul Naschy hasta saludarlo por la calle. Santo el Esmasclado de Plata y Pedro Carrasco el Marino de los Puños de Oro. Con decir que en el hueco de la manzana de mi casa estaban los estudios de Iquino queda todo aclarado.

Fue yendo a alguno de esos cines y buscando las salas de billar y los bares más jugosos donde descubrir la máquina de millón perfecta, cuando empecé a ver cosas raras. Ajeno por entonces a las virguerías urbanísticas de la Ciudad Condal, a su trazado rectilíneo y otros dibujos, entendía que la ciudad acababa poco más o menos en la Gran Vía por el Norte (del plano), la Plaza de España limitaba el Oeste, las Ramblas el Este y (ahí sí acerté) el mar zanjaba el asunto por el Sur. Por tanto, yo, en el culo del Ensanche, vivía poco más o menos en zona de mucho lujo, los de Pueblo Seco en el monte, lo que propiciaba el carácter lunático de sus gentes. Y en el Chino, ay, del Chino sólo sabía que se estrechaban las calles y, me lo habían dicho, pasaban cosas raras.

¡Pero qué iba a pasar! ¡Si tenían lo mejor! ¡Y más barato! En los cines, en vez de ponerte dos películas, echaban tres. ¡Y todas del Oeste! ¡Ni una de Alfredo Landa! Paseaba por allí con mi padre casi siempre camino del Centro Gallego y lo convenía para meternos en unos billares. Millón hasta perderse en los procelosos mares del Special When Light (no echaba muchos duros: era muy bueno), locos por horas dando bandazos por ahí, señores bajitos enseñándome caramelos a

distancia hasta tropezar con la mirada de un padre en el que no habían reparado y proceder, dándose al disimulo, al farfule de cuplé. Luego el paseo:

—Papá, vamos a ese cine.

—A ese cine no podemos ir.

—¿Por qué?

—Porque va gente rara.

—¿Por qué va gente rara?

—Porque viven aquí.

—¿Aquí son raros? —Señalando y gritando—: ¿Ese señor tan grande de las patillas y cara de gitano es raro?

—Camina, niño, camina.

Caminar por allí era divertido. Ver a dos señoras con las medias rotas estirándose del pelo era divertido. Observar la salida acrobática con aterrizaje de fantasía de cualquier individuo por cualquier puerta era divertido. Como en “Voy, los mato, y vuelvo”.

Con el tiempo aprendí a distinguir los westerns buenos de los malos, a no poner a mi padre en apuros, cierto miedo, cierto dolor ajeno. Que los tontos y los locos no lo eran por horas, que eran borrachos. Y eran borrachos para siempre.

Era de lo poco que se podía ser allí para siempre. O maricón. O gallego. El resto era todo «Ex» (aunque nunca oí mencionar el prefijo): «ex-mantenidas, ex-putas, ex-legionarios, ex-boxeadores, ex-derrochadores, ex-coristas, excepciones de otros barrios o de algún pueblo remoto.

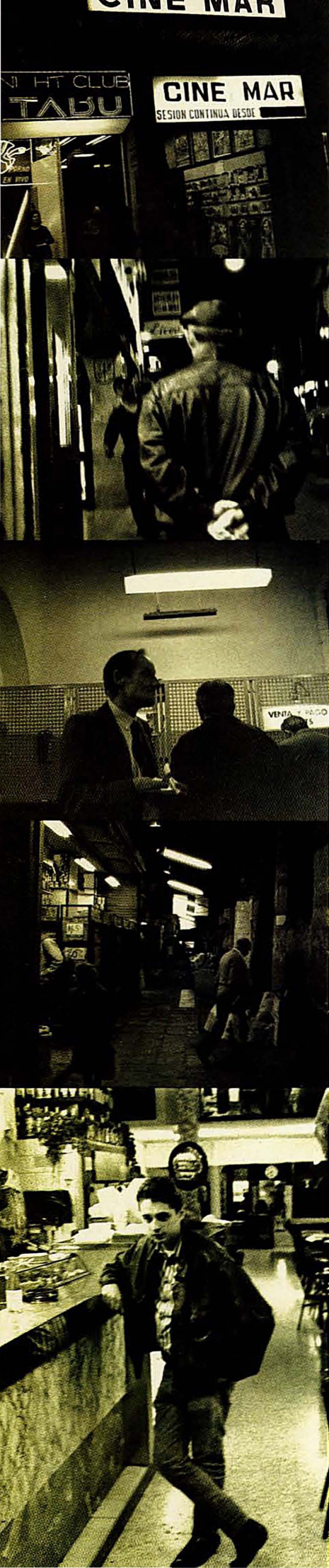
El Botas, Reina Amalia y otras historias de terror

Doy un salto en el tiempo. Murió Franco y en el colegio nos dieron diez días de vacaciones. Sonaron marchas militares, marchas fúnebres, mucha marcha.





THEATRO
APPO
DIREC
JUL



Poco tiempo más duraron las bandas (no las militares tocando réquiems, sino las de delincuentes juveniles) y nadie entonó llorosas elegías. No había por qué.

«La droga acabó con las bandas», decía Rusty James en «La ley de la calle». No le faltaba razón. Pero con las bandas acabó también su propio mito, la insostenible vocación de querer hacer historia desde el más oblicuo de los puntos de vista sociales.

En el cuadro geográfico que he señalado más arriba, las dos bandas que imponían su ley eran las del Botas y la de Reina Amalia. El atraco, el gamberrismo y el apalazamiento ocupaban las horas de sus componentes. Nunca conocí al Botas: siempre lo imagino con la camisa desabrochada, el pelo largo y la barba cerrada, las botas de oficial de caballería... Las noticias que llegaban a las salas de juego y bares donde yo y otros como yo rendíamos tributo al pinball eran confusas; pero de noticias confusas y corazones puros nace la épica.

—Los del Botas han ahostiado a uno de Reina Amalia. Ahora van todos para el Surti.

El informador se iba corriendo. Al cabo de un rato, volvía con un bigotillo de sudor sobre el labio.

—Los de Reina Amalia han pillado a tres del Botas en el Surti. Los del Botas van para la Plazoleta. Se va a liar.

Y se quedaba haciéndonos un gráfico (por onomatopéyico) relato. ¡BAAM! ¡ZAAS! ¡Te rajo, cabrón! ¡Yo lo rajo! Le da en la cabeza y... Se gira y... Entonces va el del Botas y ¡CRASH! El informador, que en realidad no había visto nada, parecía un ventilador. Los demás, que no nos creíamos nada, le mirábamos extasiado. Lo importante no era el chiste, sino saberlo contar. Y las maquinaciones que uno urdía en su imaginación para ampliarlo y enriquecerlo.

El Surti era el apodo familiar de la Plaza Blasco de Garay, en Pueblo Seco; la Plazoleta de la plaza de Don Josep María Folch i Torres, limitada por la Ronda de San Pablo y la muy famosa calle de la Reina Amalia. En estos dos enclaves solían saldar sus deudas aquellas dos superpotencias juveniles. Y allí, cada una en el suyo, tenían sus cuarteles. Para un pánoli no iniciado (o sea, yo) cruzar territorio apache era una experiencia semejante al paso por la

El resto era todo «Ex»:

**ex-mantenidas, ex-putas,
ex-legionarios, ex-boxeadores,
ex-derrochadores, ex-coristas,
excepciones de otros barrios
o de algún pueblo remoto.**

Twilight Zone. Para más inri, siempre estaba anocheciendo y, muy cerca, en aquel banco, bajo aquella farola encendida que distorsionaba los contornos, cuatro individuos mal encarados estaban batiendo palmas. De repente, se detenían. Y te llamaban: ¡Oye, primo! La paranoia enviaba mensajes desesperados al aparato locomotor. «El otro día abrieron la cabeza a Fulano en la Plazoleta.» «El otro día, en la Plazoleta, pincharon a Mengano.» «Por la Plazoleta no hay quien pase.» «Muerte en la Plazoleta.» «Fueron, lo mataron y volvieron.» ¡Oye, primo, ven pacá! Apretabas el paso. Dos de aquellos se habían levantado. Las piernas no respondían. Se estaban acercando y...

Salir por patas

Con la muerte de Franco, he dicho, acabaron las bandas. El terror dejó de ser corporativo para convertirse en actividad individualizada. Aún no había nacido el Barrio, porque estaba empezando a conocerlo, a meterme por calles estrechas, a arriesgarme al atraco, a entrar en bares equívocos, a salir por patas cuando fuera menester.

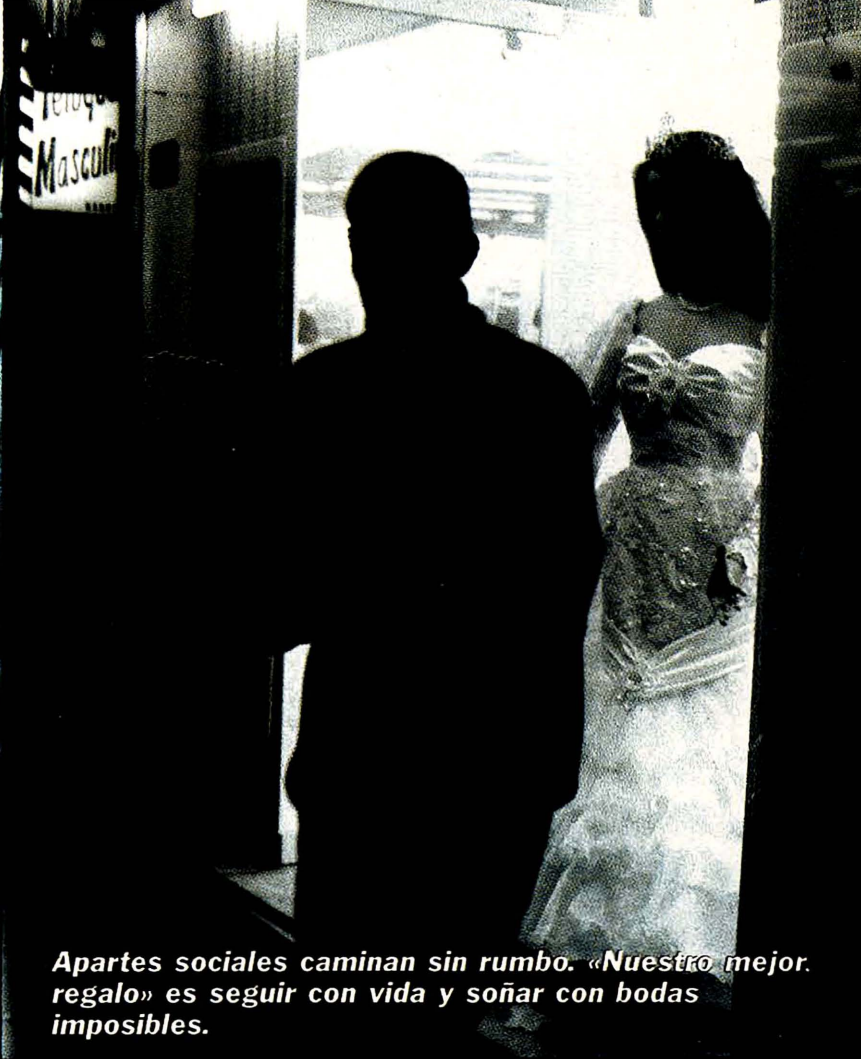
Las bandas se habían acabado, agotado, bajo el peso de su mítica. Nunca conocí al Botas ni a ninguno de los componentes de su banda. Ni a los de Reina Amalia. Pero al internarse por la calle San Pablo, uno reconocía (se empeñaba en reconocer) los rostros en el descampado tras la iglesia. A la puerta de los bares de aquellas calles de santos: San Pablo, San Paciano, San Rafael, San Bartolomé, San Jerónimo, San Olegario, San Martín... Una extraña fatiga se palpaba en el aire: rostros descompuestos sostiéndolos en la barra o sentados contra la pared, junto a la sinfonola, altavoces distorsionados machacando rumbas, música y gritos, una botella rota, la voz quebrada en el monólogo de una puta que iba a acabar de una vez por todas con los males de este mundo. Niños

jugando en una esquina ajenos a miedos o emociones morbosas; no tenían de qué preocuparse. Remontabas Robadors y descubrías a las mujeres y el trajín del sexo y la mareante luz roja y los hombres con la camisa por fuera que esperaban y las faldas cortas y los muslos desbordando los taburetes y el rubio teñido y: Niño, ven que por mil pelas te hago una paja que te doblo; no, hijoputa, suéltame o llamo a mi hombre; que me dejes en paz, alobao; mira, la Rosi, qué éxito, ni Rocio Jurado: ¡Juega a la lotería, Rosi, gorda, que hoy te toca!

Se había muerto Franco, no me canso de repetirlo, y llegar a las Ramblas significaba encontrarse con paradas y siglas, pegatinas y octavillas, más siglas y gritos, barbas y pañuelos negros y, sobre todo, porrazos de la policía. Y volvías a salir por patas sin saber muy bien por qué, y en la carrera veías las caras fatigadas e incrédulas que arrancaban a reír. La historia no iba con ellos, la Historia (esta vez con mayúsculas) nunca iría con ellos. Sentía una rara admiración por aquel mundo, porque intuía que no era lo peor, sino que simplemente estaba aparte: otras reglas, otro ritmo, otra vida. Luego te atracaban y cuando te dejaban solo e impotente en medio de la calle hubieras querido tener una pistola en el bolsillo y volarles la cabeza. Pero mi camino era otro. Tenía que salir de allí porque no era posible dar el salto a la otra ribera, porque tampoco tenías ganas de compartir la vida de desidia de los «normales», aquellos que enmohecían en el negocio familiar sin buscar otros horizontes. Había que escapar y conocer. No servía la coartada política, ni el arranque folklórico de algunos compañeros de colegio empeñados en colgarse capazo, creciendo en la nueva adoración por cantautor calvo y agitado momento político. Había algo más arriba de la Gran Vía. Lo que entonces no podía concebir, por arrogante, es que al barrio siempre se acaba por volver.



El trapicheo es la norma: en la penumbra se trafica con sexo y narcóticos.



Apartes sociales caminan sin rumbo. «Nuestro mejor regalo» es seguir con vida y soñar con bodas imposibles.



Misteriosos callejones se abren en mitad de las aceras. Cualquiera puede permitirse imaginar las mayores calamidades.





Historias sobre historias

Al cabo de los años me volví letraherido. Y un poco pijo, esa es la verdad: no me entraba en la cabeza cómo gente con personalidad y notable inteligencia prefiriera pasar las tardes y las noches sentados en la terraza del Barrio a ir haciéndose el moderno por los mundos. Me había convertido en un elemento de paso:

Yo: Hola, ¿cómo va la vida?

Los demás: Tómame algo, Gilbert O'Sullivan

Yo: Nos ha jodido, el que te dije.

Decía «Nos ha jodido, el que te dije» como una hora más tarde, en un ámbito de mayor pos-tín pronunciaba «Cuidado con lo que dices, monigote» (versión mixta) o «No te pongas estupendo» (versión barroco Lacoste). La gente que se iba del barrio aprendía por regla general a utilizar las dos hablas con singular fluidez. Que a veces se nos viera el pelo de la dehesa era lo de menos, el caso es que, por lo general, disimulá-bamos bastante. Además tenía-mos un singular aprendizaje en la violencia y en los métodos de intimidación (por haber sido vícti-mas de ellos, por haber convivido en bares con ex-campeones del peso gallo) como para poner en su sitio, llegado el momento, a un mozo endrino que se nos pusiera jaque:

Método «el Barrio». Lección primera: Intimidación.

(El primo que nos cae gordo mira a una chica, cualquiera.)

—Oye, tío, qué pasa, ¿te gusta mi hermana, o qué?

—Yo, no... No.

(Echándole el aliento a la cara.)

—¿Que no te gusta mi herma-na? ¿Me estás diciendo que mi hermana es una foca?

—Sí, me gusta, me gusta.

(Agarrando solapas.)

—Oye, tío, a ver si vas a que-rer follarte a mi hermana delante de mí.

(Luego, puede pasarse a insultos mayores o a la violencia. Fin de la lección.)

Durante un tiempo me pareció necesario evitar la jerga y cultivar-me; por eso, cuando me sentaba en las terrazas y oía contar histo-rias, me extrañaba el hecho de que algunos elementos conocidos que cada vez prolongaban más sus ocios en las calles estrechas em-pleasen el argot, no como una for-ma de hacerse el gracioso e iden-tificarse, sino como un sistema de decir medias verdades, dejar caer

Por aquel entonces, para mí, un borracho era algo similar a un tonto o un loco por horas. Porque yo tenía siete años y estaba en aquel bar a una hora imprecisa arrastrado por mi primer vicio: el millón.

y, sobre todo, evitar mencionar las cosas por su nombre. Con el tiempo (hablo de un proceso de años, porque fueron años los que tardé en dar importancia a este fenómeno) me di cuenta de que en aque-las personas que combinaban una mente despierta con una len-gua rápida, su modo de hablar entra-ba en la órbita de lo literario. Había que darle vigoroso impul-so para llevarlo hasta el centro mismo de lo artístico, pero aquel era un problema en el que enton-ces no pensaba, por el simple he-cho de que aún no creía en él (no seamos fanfarrones: me faltaba mucho oficio para poder llevarlo a cabo), como tampoco pensaba que las historias que oía, sentado en aquellas terrazas a la caída de la tarde, fueran algún día a tener importancia para mí.

Se oían un montón de his-torias. De todos los colores. Caí-das: ¿Fulanito? A gusto todo el día ¿Menganito? Se lo encontra-ron muerto. ¿Zutanita? Desde aquel tripi no sale de loca. Ti-mos: Vaya pasada lo que le hicie-ron al Piramidón el otro día, ¡qué punto! Anécdotas sobre derecho penal: Estaba allí en su queo, tope tranquilo y va y llega la pas-ma y lo ligán con todo el marrón. A este le cae algo, fijo. Sin con-dicional. Con el marrón allí... «La otra cara de la noticia»: lo que les ha pasado a los negros de la Plaza Real es que pasaban el jaco demasiado bueno, eso que dicen en los telediaros del corte es un rollo patatero, hombre... Se oían historias de amor y de muer-te, de lucha y dependencia. Nada era como yo lo recordaba, pero todo era una consecuencia lógi-ca de lo que recordaba. Y tenía a todo un gran respeto, transmi-tido por los mismos que me hacían recordar y pensar. Observa-bas a gente que intentaba salir del mundo aquel porque no había nacido allí; otros, en cambio, no tenían otra alternativa que aguan-tar el temporal por una simple cuestión de «nobleza obliga» a la inversa.

Yo, de paso.

Es la rumba del tracatrá (tracatrá) la que todos quieren bailar

La rumba me devolvió la mí-tica de la infancia y primera ado-lescencia, rescató el habla y las historias que había oído después y, en último extremo, fomentó la ficción.

Primero fue un ataque de «Nostalgie de la boue» (no tan li-terario, ni tan en pose, porque, al fin y al cabo, de la «boue» venía), sazonado con una capa de hedo-nismo. Escuchar, por ejemplo:

«La noche del hawayano, yo, le dije a mi Lola: si él tiene cuchillo, yo traigo pistola.»

Era contarme una historia que no estaba en la letra de la canción, pero sí en mi cabeza, porque en ese momento me la estaba inven-tando y de mi imaginación sur-gían Lolas, cuchillos, pistolas y misteriosos hawayanos (¿padrinos de la mafia hawayana?, ¿gente que llama a la puerta cuando ya no se les espera?).

Catalogaba letras y canciones, intentaba impregnarme del espí-ritu (que no de la habilidad inter-pretativa, dada mi absoluta torpe-za) de aquella música. Y entonces volví a interesarme por los modos y maneras de aquellos que había olvidado durante mucho tiempo y volví a pasearme por las calle-jas y a enterarme en la medida de lo posible (que es poco) y a inven-tarme todo aquello, o sea mucho, de lo que no podía enterarme y a ver películas buenas que me in-spiraron y a ver de nuevo las pelí-culas malas de mi niñez que me habían dado forma y ayudado, en cierto modo, a cultivar mi senti-do del humor. Pero sobre todo oía música e inventaba historias inco-nexas y, lo que es más importan-te, imágenes que al final impusie-ron, ellas son siempre las que le dictan a uno, la emergencia de ser plasmadas. Si me lo hubieran he-cho jurar dos o tres años antes, hubiera empeñado mi mano iz-quierda; pero ahora quería escri-bir sobre un barrio que ya no era mi barrio, sino el Barrio, y sobre lo que ocurría en aquellos bares



El espectro ha venido a hacer justicia. Los transeúntes fingen no saber, pero saben.



Ni la Policía Militar es capaz de preservar a sus invencibles soldados. Antes de llegar al Golfo serán atracados sin piedad.

que había visto de pasada, apretando el paso. Y sobre las palmas que se escuchan de noche, muy cerca, y provocan el miedo instantáneo.

Algo huele a podrido en el Barrio

*«No es lo que construyen.
Sino lo que derriban.
No son las casas.
Sino los espacios entre las casas.
No son las calles existentes.
Sino las calles que ya no existen.»*
(James Fenton)

Tenía dos ideas para empezar a trabajar: un argumento impostado, Hamlet, que diera un aire oblicuo y una vaga estilización épica a la historia y la diversión convertida en miedo y luego nostalgia de esa diversión y de ese miedo que había creado mi propia mítica. El primer camino ayudaría a controlar el argumento, el segundo a crear un narrador, el que sería Palito, el niño-hombre, un coeur simple sin importancia, que veía las cosas como las hubiera visto yo si en aquel bar, a aquella hora imprecisa, cuando el ex-boxeador empezó a romperlo todo por quince pesetas, no hubiera podido volver a casa; si hubiera visto las peleas entre bandas y no hubiera podido escapar de todo aquello, si luego no hubiera podido ni asomarme fuera del Barrio.

Así que un buen día me puse a escribir. Congelé el trabajo que estaba haciendo, me dirigí a una mesa y me convertí en un Palito amenazado por la sombra de ese Gandhi que luego remodelarían mis experiencias militares de pequeño calibre. Las historias fueron llegando, remansándose, fluyendo. Y un día acabó todo. El proyecto, fulminante, grandioso, de una historia se destruye en su ejecución, buena o mala, pero siempre más chata. También, y eso es más triste, con el punto y final se disuelve el mito.

Ahora sé que ya no soy un chico de barrio. Que siento no haber sido en algún momento lugarteniente del Botas, un hábil rumbero o que el ex-campeón de Cataluña del peso gallo acabara mejor. También hubiera deseado mayores placeres para el pobre Palito.

Cada día me prometo a mí mismo no hablar más del Barrio, no oír, no saber, y cada día recuerdo que al Barrio, al Barrio imaginado, el derribado, el de los espacios entre las casas, el de las calles que ya no existen, siempre se acaba por volver. ■